

El fracaso escolar de nuestros hijos (II)

En nuestro número anterior Fernando de la Puente iniciaba el estudio de un tema de permanente, y siempre triste, actualidad: El fracaso escolar. Hablaba entonces de las complicadas causas del fracaso, analizando, en primer lugar, las que se deben a peculiaridades personales como el talento o la capacidad mental.

En este artículo se siguen desmenuzando otras causas personales: la madurez, el ritmo personal, las dificultades nerviosas.

El tema nos va a dar para todo el año. Por eso les presentamos el esquema que seguiremos a lo largo del curso con el que esperamos llegar de verdad al fondo de las causas y las reacciones y ante el fracaso escolar

LA MADUREZ

Un alumno inmaduro para la escuela es un fracasado en potencia

Supongamos que en muchos alumnos no hay problema con el talento ni con las «funciones de aprendizaje» (cosa no fácil de eliminar), pero ¿qué hay del problema de la madurez? ¿Cómo influye en el fracaso escolar?

Importante: solamente en la tercera parte de los casos analizados existe verdadera correspondencia entre madurez somática y psíquica. No siempre un desarrollo físico normal se corresponde con un desarrollo mental normal. Hay niños disarmónicos, en desacuerdo psicosomático. Aparte de otra serie de niños o adolescentes que ya traen un retraso de madurez corporal, lo cual acarrea el consiguiente retraso mental.

Ahora bien, un alumno inmaduro

para la escuela es un fracasado en potencia. El niño inmaduro (por defectos de percepción, sentido de orientación, inmadurez cerebral, etc.) para leer o escribir, fracasará en lectura o escritura. El que es inmaduro para concentrarse o llevar una estrategia elemental de estudio, a los 11 ó 12 años, será un fracasado escolar en la 2.ª etapa de EGB. Hay inmaduros para la escuela en general, y hay inmaduros para ciertas materias concretas. Las causas son psicossomáticas, profundas, del sistema nervioso, de la madurez afectiva, de la sensibilidad en general; causas todas de las que el niño no es culpable.

Bien claro: todo niño inmaduro para aprender, no se motivará para el

estudio. Sólo se motiva el que está *dispuesto*, preparado. El que está en la plataforma de despegue, es el que puede echar a volar. *Madurez* es *estar preparado, dispuesto*. Sin embargo, el inmaduro asiste a clase como una víctima, cualquier exigencia es excesiva para él; pronto vivencia el fracaso, y esa vivencia se va extendiendo a toda su personalidad.

Sería maravilloso si las escuelas programaran sus enseñanzas teniendo en cuenta que no todos los niños de una clase son homogéneos en madurez psicológica o mental. Al niño de tal nivel de madurez sólo se le pondrían niveles de aprendizaje para los cuales verdaderamente estuviera *dispuesto*.

EL FRACASO ESCOLAR

INTRODUCCION

I. LAS COMPLICADAS CAUSAS DEL FRACASO ESCOLAR

A. LAS PECULIARIDADES PERSONALES

- 1.1. El talento o la capacidad mental
- 1.2. La madurez
- 1.3. El ritmo personal
- 1.4. Las dificultades nerviosas
- 1.5. Actitudes defectuosas
- 1.6. Alteraciones orgánicas

B. LAS PECULIARIDADES FAMILIARES Y EDUCACIONALES

C. CAUSAS ESCOLARES

II. LAS REACCIONES

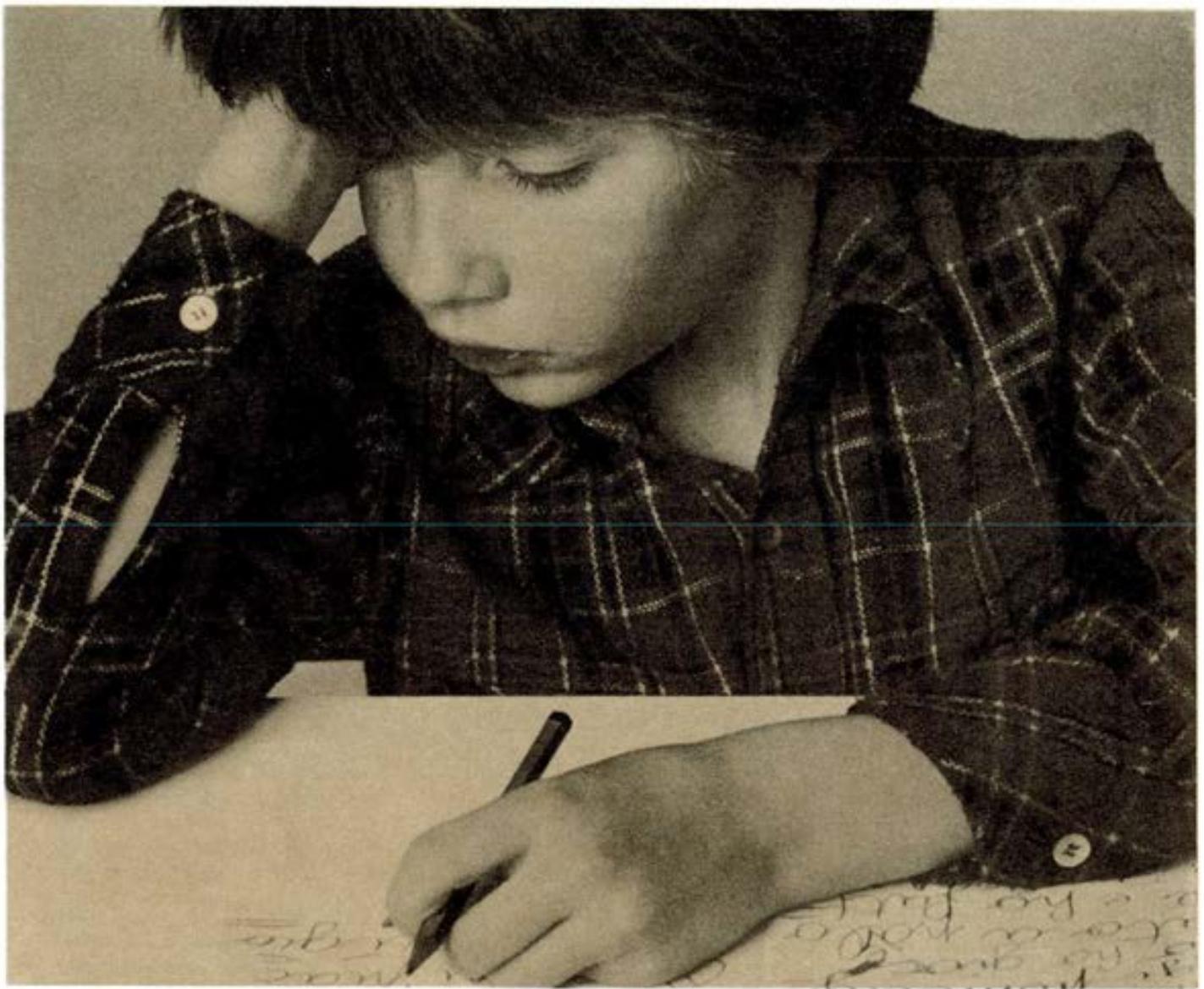
A. REACCIONES NEGATIVAS

- Relaciones humanas extrafamiliares
- Relaciones familia-colegio
- Relaciones padres-hijos

B. REACCIONES POSITIVAS

- Actitudes básicas
- Investigación completa de la situación
- Actuación de mejora de los condicionamientos
- Actuación de modificación de las actitudes internas

C. RESULTADOS



Esto supondría que los maestros deberían estar a su vez *maduros*, o sea, *preparados* para saber enseñar a *tres niveles*, programando elemental, medio y bueno, por ejemplo. La dificultad de enseñar así no sólo viene de ciertas dificultades de tiempo o masificación de la clase; sino también, y sobre todo, de la resistencia del profesor a un trabajo matizado y eficaz, que al principio le traería más esfuerzo y preocupación, pero que a la larga le compensaría más e incluso le haría menos pesada y frustrante la tarea de enseñar. Es problema de actitudes: convencimiento racional y deseo de hacerlo.

PUBERTAD, ADOLESCENCIA Y LOS PROBLEMAS DE MADUREZ

Luego vienen los alumnos entre 12 y 16 años, verdadera edad ingrata en que el niño atraviesa un camino de niebla, se nos distancia, se pone hipersensible, no se aclara, se rebela. Es tal la nube en que están inmersos en estos años que luego, cuando los han dejado atrás, apenas recordarán nada

de ellos, en contraste con los recuerdos vivos que tienen de las épocas anteriores y posteriores a la pubertad. Pues bien, una de las causas más fuertes de esta edad difícil para el esfuerzo escolar es la *inmadurez*, que proviene del hecho de la «aceleración física» que experimenta el cuerpo del niño, de mucha mayor magnitud que la aceleración psíquica. Kretzmer dice que esto es una fuente de perturbaciones psíquicas (neurosis) que significan perturbaciones en la capacidad de aprender. «Descenso puberal del rendimiento», se dice en los libros hace ya muchos años.

Esto se agrava hoy día por el hecho —demostrado— de que los niños actuales son 12 centímetros más altos que los niños de hace 50 años, es decir, que están más anticipados somáticamente a su desarrollo psíquico que antes. La estatura es un síntoma. El peso es otro. Se dice que hay clara conexión entre descenso de rendimiento académico y el desfase del respectivo aumento de peso o estatura. Se cree que sólo el 20% de los niños en esta edad logran un desarrollo armónico sin divergencias importantes en-

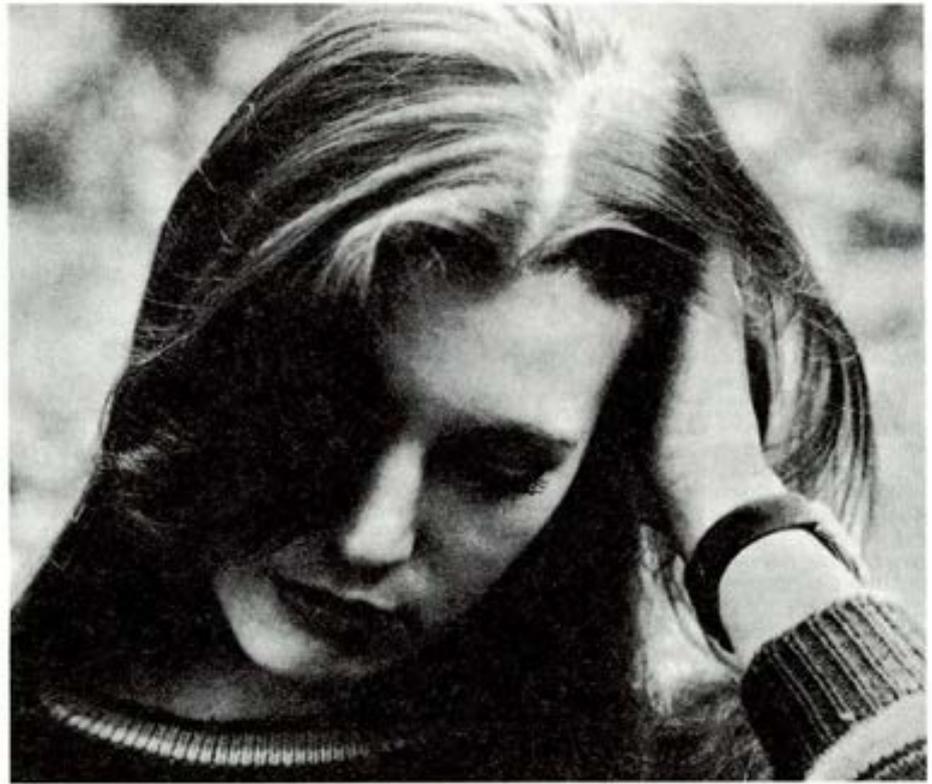
tre la madurez corporal y la psíquica. El 80% restante, ya sólo por esta causa, tendrá la consiguiente perturbación del estudio.

La cadena del fracaso se desarrolla más o menos así: las divergencias de madurez debidas al desfase puberal producen perturbaciones en la capacidad de atención, motivación, etc., unas actitudes fluctuantes para el estudio, que inmediatamente le abocan a la inseguridad y el fracaso. Se les adjunta el ambiente de aislamiento social que sienten al desvincularse de la comunidad infantil (la vivencia infantil familiar y colegial). Al producirse el conflicto generacional se «separan» psicológicamente de la escena familiar y escolar y la juzgan como espectadores, criticándola, porque ya conocen el bien y el mal. También se enjuician a sí mismos negativamente, pues tienen unos criterios morales y religiosos tremendamente idealizados (son puritanos también para sí mismos), con lo que elaboran unos fuertes sentimientos de culpabilidad, sobre todo respecto a la sexualidad y a la autenticidad humana. Se exigen y se culpan duramente. Todo esto pro-

duce un muchacho inseguro, que se repliega en la fantasía (el adolescente es siempre algo introvertido, aún el que no lo es por temperamento), no se concentra y por lo tanto no afronta bien los problemas escolares. Está demasiado ocupado en sí mismo.

Mensaje urgente para los padres de adolescentes y preadolescentes: *Aceptar*, por favor, que esto es así; que hay una perturbación de rendimiento (que en la práctica significa apatía, no motivación, incluso atontamiento mental, ya que llegan a «funcionar» como torpes, no siéndolo), que esta perturbación en el mejor de los casos dura de 6 meses a un año o año y medio, que si no se actúa con enorme paciencia, tacto, cariño, sensibilidad, sobreviene muy pronto algo que yo llamaría angustia puberal o adolescente, y que le lleva nerviosamente a buscar una *erasión*: la huida a las pandillas, a ciertos vicios... Da la impresión de que los chicos a esta edad no encuentran calor de hogar ni en casa ni en el colegio; todo son caras largas en los padres y en los educadores, ya que como él no responde o mete la pata continuamente, se le castiga con la «retirada» de la simpatía o manifestación de cariño, lo cual es uno de los más clásicos y nefastos errores que se cometen en educación. Es verdad que ellos «no se ponen a tiro», que es difícil transmitir cariño a un adolescente, en contraste con lo sugestionable que es un niño menor de 11 años; que ellos mismos son verdaderamente ingratos y fríos. Pero hay que arreglárselas para lograrlo. Porque no podemos ser familias sin sentido para ellos, familias sin contenido, sin ambiente participativo, sin conversaciones interesantes (ellos nos oyen hablar de los temas frívolos y materialistas de siempre, porque ya nos parecemos todos a los espacios comerciales de la TV), sin llevar entre todos las responsabilidades de la familia... Llegamos a perder para ellos todo significado y nos ven como desde lejos, como vidas estúpidas, y «les damos pena». Lo dicen de hecho. Y lo mismo en el colegio. Hay tutores que dan ambiente a un curso. Pero con otros tutores hay cursos sin rumbo, sin hogar.

Consecuencia: su distanciamiento afectivo de los mayores es un vacío que hay que llenar. El adolescente frustrado lo llenará obsesivamente con la pandilla, a todo riesgo, con sus leyes, sus drogas, su sexo, sus extremismos políticos o simplemente su apatía total, «el pasar de todo». Sabemos que siempre existirá la tendencia a agruparse juvenilmente, a explorar el ambiente exterior al hogar, a crearse su propio círculo de amistad. Pero si el joven está insatisfecho afectivamente, fracasado e incomprendido, tales evasiones son un auténtico peli-



gro, que acentuará aún más la apatía escolar.

Resumen: los problemas de *inmadurez* psicológica, presentes en todas las edades, son una causa más del fracaso escolar. Si no nos damos cuenta de ello, y lo hacemos todo a la mala voluntad del alumno, actuaremos con él sin tacto, y él sentirá que no le comprendemos ni le simpatizamos, con lo que su apatía irá en aumento. Aún queriéndole y actuando correctamente con él, habrá un natural descenso del rendimiento; y para algunos habrá una época larga de fracaso escolar, ya que las estructuras económicas y mentales de los profesionales de la enseñanza no son capaces todavía de servir de ayuda eficaz. Por lo tanto queremos demostrar que una parte importante del fracaso escolar es hoy día irremediable, no porque el niño sea así, sino porque nosotros, padres y educadores, somos así. Para que el niño cambie, primero tenemos que cambiar nosotros, no por aquello del buen ejemplo, sino por algo más grave: porque nosotros somos el medio condicionante de su conducta. Y como no somos capaces de educar bien, se producirá en bastantes casos el fracaso escolar inevitablemente. Vamos a ver si al menos somos capaces de *aceptar* las verdaderas causas que han producido el fracaso escolar; y si también somos capaces de reaccionar correcta y positivamente, si es que nos queda una reserva de auténtica compasión ante el niño fracasado.

EL RITMO PERSONAL

No todos tenemos el mismo ritmo de eficacia en el trabajo, incluso en la

comprensión. El alumno lento queda en evidencia cuando se trata de tareas nuevas, cosas que uno ejerce por primera vez, conocimientos nuevos sin previa información o técnica.

Este *ritmo vital fundamental* de cada persona depende de factores muy profundos enraizados en lo fisiológico, pero también de la motivación o gusto primario por las cosas que se trabajan, así como de la mayor o menor capacidad para tal o cual materia.

El drama del alumno lento para aprender es el siguiente: al principio el niño puede compensar su lentitud con un buen interés y actitud positiva; pero poco a poco va notando que no hay proporción entre el esfuerzo que hace y el resultado que logra; esto le ocasiona una fatiga prematura, un nerviosismo, un descenso grave de la concentración. Así vemos algunos chicos con rápidos éxitos iniciales que empiezan a fallar de modo sorprendente, perdiendo interés y perturbándose profundamente, hasta que la escuela llega a ser un trauma para ellos. Todos hemos conocido que han sufrido síntomas patológicos por causa del ritmo lento: dolores de cabeza porque mañana «toca Matemáticas», fiebres casi repentinas cuando hay que escribir un dictado, etc. Lo malo es que a veces los profesores tienen la costumbre de publicar las faltas de cada uno, ironizar al entrecortado alumno, etc. Se les pediría más bien, no sólo tener un buen estilo de relaciones humanas, sino formar tres o más grupos de alumnos en su clase según el ritmo de aprendizaje para aquellas materias o partes del temario en las que se noten más los fefases de asimilación.

LAS DIFICULTADES NERVIOSAS

Es fácil comprender que el 61% de los niños actuales —según dicen los expertos— padezcan la enfermedad del nerviosismo. Basta ver a la familia y a los maestros actuales, afectados del desequilibrio nervioso y transmitiéndolo por ósmosis a los niños que les rodean. Y no echemos solamente la culpa a los tópicos de siempre, «creciente tecnificación de la vida», que nos hace tensos y con los nervios de punta, o bien «la urbanización» que nos crispa con el ritmo agitado de vida, etc. También, y sobre todo está la *inseguridad en la educación* que tenemos padres y maestros, porque no sabemos ya cuándo hay que castigar, qué es lo que hay que aconsejar, cómo hay que mandar... Actuamos extremadamente, consintiendo, o a gritos e insultos, con lo que criamos niños llenos de nerviosismo. Cuando el niño tiene reacciones incontrolables, los adultos se echan a temblar y temen; y para controlarlo caen sobre ellos como un despliegue de poder; los niños almacenan inconscientemente sentimientos de angustia y ansiedad a causa de la necesidad insatisfecha de protección que experimentan (porque los padres no saben exigir o sancionar sin desproteger o abandonar efectivamente). Y cuando notan que el niño se retira o se deprime les viene un sentimiento de culpabilidad, también nervioso, y entonces se esfuerzan torpemente por conquistar su estima y afecto... Y así lo vemos en los niños actuales, unas veces angustiados y esforzándose también nerviosamente por lograr el afecto de sus padres y educadores; y otras veces colmados de afectividad y mimos.

Este estilo de vida y educación está produciendo niños que fracasan escolarmente, no por falta de capacidad o madurez, sino por *hiperemotividad*. No pueden estar quietos ni diez minutos, sus piernas, brazos, cabeza, se agitan sin cesar. Se fatigan, no aguantan un trabajo que exija perseverancia y concentración. Y al fracasar en el aprendizaje, lo sienten viva-

mente, porque son nerviosos, perdiendo confianza en sí mismos, descendiendo a cero su nivel de aspiración. Suele suceder además que estos niños no triunfan mucho en integración social dentro de la escuela, ya que su trato es inconstante, voluble, con los amigos y compañeros, que les descalifican como compañeros de juego eficaces, por su afán de darse importancia o hacerse valer superficialmente, nerviosamente.

Algunos niños muestran *hábitos patológicos* adquiridos, como el chuparse los dedos, morderse las uñas, mesarse el cabello o retorcerse, urgarse la nariz y oídos. Tales niños, que a veces acompañan todos esos hábitos con exudación, suelen ser ensimismados y por tanto incapaces de concentración mental, distraídos al menor ruido, reaccionando viva y verbalmente a la menor incidencia de la clase. En consecuencia, reciben a menudo amenazas y riñas de los educadores, lo que les vuelve poco a poco más inseguros y más llenos de culpabilidad. Son esos alumnos que se sorprenden a sí mismos en sus juegos bobos y manipulaciones infantiles y se ruborizan de pronto, y mucho más si son sus propios compañeros quienes les llaman «el muñeco de la clase», etc.

Los hay que no comen ni duermen bien, y hay más cada día. Esto puede ser la causa del fallo en el aprender o bien puede ser la consecuencia. No es raro, además, que sean también niños de constitución delicada y enfermizos, que faltan mucho a clase y cuando están no atienden bien, fatigables, con lo que caen en divagaciones o movimientos motóricos, etc., y finalmente, en fracaso escolar, humillación social o poca popularidad, mientras ellos ansian por alguna aprobación de los demás.

UN CONSEJO A LOS PADRES DE LOS «NERVIOSOS»

Recomendamos a los padres de los nerviosos, en primer lugar que superen esa manera insegura de educar. Padres inseguros crían hijos ansiosos y nerviosos. Procurar que el niño tenga la sensación de que goza de segura protección y afecto sólido. Los padres

deberán lograr una visión armónica del niño y estar seguros de su propio estilo de educar; y si no lo están, que acudan a un sistema de formación permanente, llámese *escuela de padres*, llámese trato o consulta con un Psicólogo, con Educadores de personalidad, o a base de lecturas escogidas y orientadas debidamente. Pero hay que evitar los extremismos cuanto antes.

Adoptar un estilo «seguro» de educar no significa ser autoritario. Seguro es el educador que se constituye en guía cariñoso, bondadoso en la autoridad; no dominador, sino *integrador*, es decir, capaz de mandar integrando las sugerencias, deseos, críticas y reparos de los demás; capaz de establecer normas contando con sus hijos; capaz de condescendencia para aceptar el punto de vista y los objetivos de los otros. De todo eso carece el dominador.

En segundo lugar, les recomendamos a los padres de hijos nerviosos, que proporcionen a los niños suficientes ocasiones de catarsis o desahogo para sus nervios y tensiones (¿se planifica la vida familiar teniendo en cuenta estas necesidades de los niños? ¿la planifican los padres de los niños nerviosos? ¿no hay quien se engañe pensando que «a mis hijos y a mí nos gusta estar tranquilos» tardes enteras, viendo TV o dando vueltas por la casa?).

Más adelante hablaremos de las positivas reacciones que debemos tener ante el fracaso escolar. Ahora queremos resaltar sobre todo que el niño es víctima de condicionamientos de los cuales él no es culpable, al menos en un alto tanto por ciento. Y que, por tanto, ante el fracaso hay que adoptar dos actitudes sinceras: 1) *respetar y aceptar* el mismo hecho del fracaso como algo muy complicado y profundo; 2) Antes de buscar culpabilidad del niño (que las hay) busquemos la viga en el propio ojo, las cosas que hacemos mal, la leña que echamos al fuego con nuestra manera de actuar en educación, o lo que dejamos de hacer. Sólo así seremos capaces, después, de actuar bien con el niño.

Oviedo, 21-1-79
FERNANDO DE LA PUENTE

Actividades para una Escuela de Padres

Que puede ser:

- un pediatra: que conozca bien la realidad de los niños nerviosos y los agentes que causaron su nerviosismo.
- un psico-sociólogo: o médico-sociólogo, que analice los componentes de una vida ciudadana y escolar que induce al nerviosismo de una manera solapada.

Previamente: que el grupo prepare las preguntas al experto.

Posteriormente: que el grupo trate de llegar a algunas conclusiones prácticas sobre el estilo de nuestra vida y las modificaciones que deberíamos introducir.

010. ENTREVISTA A UN EXPERTO

